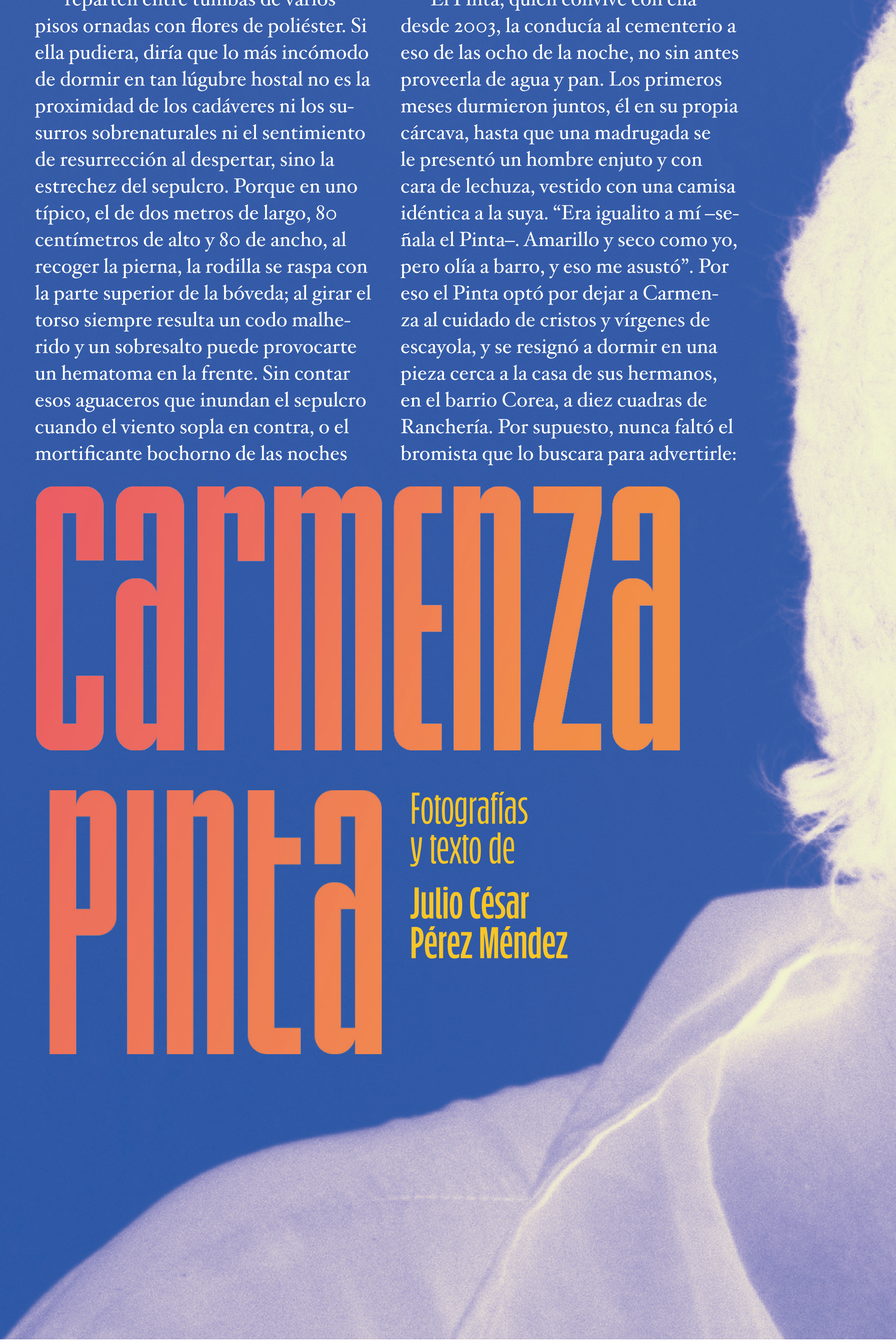
Carmenza y el Pinta

Una particular pareja subsiste entre la paciencia de un amor difuso y la persistencia de la locura. El cronista les sigue los pasos por paisajes surreales e intenta traducir en clave de realidad su vida ficcionada.

Fotografías y texto de
Julio César Pérez Méndez



A UN LADO DEL CAMINO

En el cementerio de Ranchería (Sahagún, Córdoba), donde durmió Carmenza durante tres años, ruinosas cruces de cemento se reparten entre tumbas de varios pisos ornadas con flores de poliéster. Si ella pudiera, diría que lo más incómodo de dormir en tan lúgubre hostal no es la proximidad de los cadáveres ni los susurros sobrenaturales ni el sentimiento de resurrección al despertar, sino la estrechez del sepulcro. Porque en uno típico, el de dos metros de largo, 80 centímetros de alto y 80 de ancho, al recoger la pierna, la rodilla se raspa con la parte superior de la bóveda; al girar el torso siempre resulta un codo malherido y un sobresalto puede provocarte un hematoma en la frente. Sin contar esos aguaceros que inundan el sepulcro cuando el viento sopla en contra, o el mortificante bochorno de las noches de verano. Pero escribir y conversar, distinguir entre espectros y bromistas, o diferenciar entre violación y sexo consentido, son tareas indescifrables para Carmenza debido al trastorno mental que padece desde su adolescencia.

El Pinta, quien convive con ella desde 2003, la conducía al cementerio a eso de las ocho de la noche, no sin antes proveerla de agua y pan. Los primeros meses durmieron juntos, él en su propia cárcava, hasta que una madrugada se le presentó un hombre enjuto y con cara de lechuza, vestido con una camisa idéntica a la suya. “Era igualito a mí –señala el Pinta–. Amarillo y seco como yo, pero olía a barro, y eso me asustó”. Por eso el Pinta optó por dejar a Carmenza al cuidado de cristos y vírgenes de escayola, y se resignó a dormir en una pieza cerca a la casa de sus hermanos, en el barrio Corea, a diez cuadras de Ranchería. Por supuesto, nunca faltó el bromista que lo buscara para advertirle:





“HOY FUI A CORTAR LAS GUADUAS PORQUE ESTOY JUNTANDO LA PLATA PARA LAS PASTILLAS DE CARMENZA. LE SIRVEN PARA NO EMBERRACARSE. LA CAJA LE DEMORA UN MES. TRAE VEINTE PASTILLAS. VALE DIEZ MIL PESOS”. SON TABLETAS DE CLOZAPINA

“Carmenza se fue monte adentro” o “la vimos merodeando en la represa”, y él de inmediato regresaba al cementerio, presa de la angustia, solo para encontrarla bailando reguetón sobre los tiestos de amapolas marchitas, al son de algún picó trasnochado; o sumida en el más apacible de los sueños, ajena a los misterios del otro mundo y a las sinvergüenzuras de este.

En la pieza de Corea vivieron ambos a finales de 2003, pero la abandonaron pronto debido a la incomodidad de algunos familiares jóvenes del Pinta o a una extraña aversión que Carmenza sentía por el sitio. Deambularon por aceras, dormían en habitaciones prestadas y en el rancho de Elida, la madre de Carmenza. Y simplemente porque se cansaron de que los echaran de todos lados, o quizás porque quien vive como sombra prefiere las tinieblas, acabaron durmiendo en el cementerio a mediados de 2007. Y de calle a tumba habrían seguido las jornadas de Carmenza si la nueva directiva de la Junta de Acción Comunal de Ranchería no hubiese acordado blanquear las criptas, construir un baño para los dolientes, contratar a un vigilante riguroso, prohibir la entrada después de las seis de la tarde y multar a quienes decidieran soñar junto a los difuntos. De modo que en junio de 2010 ella y el Pinta volvieron a la casa de Elida, localizada también en Ranchería. Allí duermen desde entonces en el patio, rodeados por cocoteros y viejos robles, bajo un cobertizo de plástico y madera con piso de cemento; ella en una esquina y en otra el Pinta, sobre tablas negruzcas cubiertas con cartones, junto a una carreta desvencijada, una silla de ruedas con una sola rueda y mil trastos herrumbrosos.

Carmenza se cubre de pies a cabeza con un trapo sucio y va cayendo en el sueño acurrucada y hablando consigo misma. El Pinta, que se acuesta bocarriba, se cubre hasta el pecho con una toalla. Se marea si mira mucho rato la luna y le parecen bonitas las estrellas, cuando se dejan ver.

–Si Carmenza necesita una ropa, me demoro más para dormir –dice el Pinta–. Si se le están acabando las pastillas, uno ni duerme. Adentro de la casa no cabemos.

En efecto, el rancho de Elida, de palma y boñiga, apenas cuenta con una salita, una cocineta y tres cuartos estrechos donde duermen ella, Pello Rojas y los muchos hijos de ambos.

Carmenza y el Pinta se despiertan a las seis de la mañana. El Pinta dobla los trapos y los pone sobre las tablas, se enjuaga la cara y bebe un tinto. Las noches en que no duerme con Carmenza, la recoge apenas empiezan a cantar los gallos. Si hay ventura, la regala con una empanada o una papa rellena; si no la hay, en el camino resuelven. El Pinta va adelante, caminando con los brazos pegados al torso; ella forma una bolsa con la camiseta y va guardando piedras, hojas y vasos plásticos. La camisa del Pinta ondea con la brisa. Usa sandalias y un sombrerito de pescador. Se para y pone los brazos en jarras, mira hacia atrás. Carmenza deja caer sus pertenencias, se añingota y orina sobre la tierra parda, se para y se abotona el pantalón ennegrecido, mete los pies desnudos en el barro. Sus zancadas son las de quien va tarde a una cita. Al descubrirse en el vidrio de una ventana deja ver un asomo de inseguro optimismo, mientras los otros ven a una mulata algo obesa, de pelo al rape o enmarañado, con una mezcla difusa de risa y asco en los labios. Una mujer de 33 años, con pies broncos y talones capaces de torcer una tachuela.

Se separan al llegar a la esquina del antiguo Telecom. Carmenza deambula entre Ranchería y Sahagún o se adentra en los montes cercanos. Aunque se ve alegre, siempre anda prevenida, sobre todo cuando hay perros o niños cerca. A media mañana va al vivero de la CVS (la Corporación Autónoma Regional de los Valles del Sinú y San Jorge), se recuesta a lo largo del guardallantas de un puente, con la cabeza apoyada en un brazo o acostada de espaldas. Disfruta la sombra de la arboleda y el arrullo del venero cercano, sin importarle cuánto apesta. A veces parece susurrar una canción, sonríe al ver trepar a los perezosos y se enseria mientras mira el tránsito ruidoso de camiones y motocicletas.

El Pinta arrima a casa de Elida y Pellito Rojas a buscar carreta y verduras.

–Uno se rebusca es con limones –dice el Pinta– o berenjenas o bichuelas. También consigo lana y corto guaduas para armar cercas. Una libra de bichuelas la vendo en 2.000 pesos. El viaje de guaduas en 10.000, pero lo puedo dejar en siete y después me pagan los tres.

Una verruga aterciopelada le crece en el lado derecho de la nariz.

–Eso no es una verruga –aclara–. Uno estaba cortando unos palos para parar una cerca, y un palo me cayó en la cara. Por eso no es una verruga sino un grano. La vaina es que uno es necio y se vive manoseando ese grano –sonríe, le restan unos cinco dientes, amarillentos y cariados–. Uno tiene 40 años –dice él, con las arrugas apretándole el

rostro–. No tengo carné ni cédula.

Luz Moreno, su cuñada, le guarda la cédula. Según ese documento, el Pinta nació el 23 de octubre de 1953. Ha vivido casi 65 años, le lleva 32 a Carmenza.

Cerca del mediodía, el Pinta rinde cuentas a Pello Rojas. Usualmente vende todo el producto; si queda algo, lo regresa.

–¿Me han visto a Carmenza? –pregunta entonces a los conocidos.

–Está en el jardín de la señora Francia Montes –le informan.

"Comida, comida", repite una ansiosa Carmenza, de pie en el jardín de doña Francia. El hambre es uno de los acicates de sus furias. "Pinta, la sopa, busca la sopa".

–A Carmenza le gusta el arroz, la gaseosa y la sopa –dice el Pinta–. La sopa es lo que más le gusta. Uno le consigue sopa todos los días. Mis hermanos me la dan, Elida me la da. Ana Jaramillo me da la comida completa. Si me da únicamente el arroz, la liga la consigo con Francia Montes. Yo salgo a buscar a Carmenza, con la sopa en un porta. La encuentro y se la doy. O se la toma ella sola.

Reposan el almuerzo acostados bajo cualquier árbol frondoso. Carmenza vuelve a deambular y el Pinta alista el machete para cortar unas guaduas. Algunas tardes baña a Carmenza en la represa de Annibal Janna.

–Uno la baña y ella se viste sola –dice el Pinta–. A veces mejor no la baño: si la ven limpia los tipos la pueden enamorar. A más de uno he correteado con este machete. Hoy fui a cortar las guaduas porque estoy juntando la plata para las pastillas de Carmenza. Le sirven para no emberracarse. La caja le demora un mes. Trae veinte pastillas. Vale 10.000 pesos.

Son tabletas de Clozapina, de cien miligramos, un antipsicótico de distribución restringida, recetado para controlar la esquizofrenia y otros trastornos. Novartis, el fabricante, está obligado a monitorear sus efectos adversos. Causa convulsiones, mareos o desmayos y favorece la obesidad. Puede provocar inflamación cardíaca, debilitamiento del bombeo de sangre, descenso de la tensión arterial. En los años setenta estuvo fuera del mercado por su vinculación con casos de agranulocitosis, la disminución aguda o crónica de granulocitos en la sangre, lo cual predispone a infecciones. Los consumidores de Clozapina deben practicarse un análisis semanal de sangre durante los primeros cuatro meses del tratamiento, y uno mensual en adelante. Carmenza no cumple ese protocolo. Ni Elida ni el Pinta tienen noticia de la letra menuda de la Clozapina.

EL EMBARAZO DE CARMENZA

En los años ochenta un vampiro le otorgó a Ranchería sus quince minutos de fama. El sepulturero descubrió



■ **Carmenza** y el Pinta almorzando en el parque de Ranchería.

un cuerpo rozagante al exhumar un cadáver enterrado una década atrás y provocó una romería que solo acabó cuando el dueño de uno de los tres buses públicos de Sahagún confesó borracho el ardid: entre él y el sepulturero se inventaron el vampiro para incrementar, gracias al magnetismo del morbo sobrenatural, el flujo de pasajeros entre el municipio y Ranchería.

En esa década Ranchería era el corregimiento más próximo a Sahagún, hoy es otro de sus suburbios. Un artista pintaría justo ahora una acuarela idéntica a la que hubiera pintado hace treinta años, pues abundan aún los ranchos de palma y boñiga, escasean los de cemento, y todas las calles siguen sin pavimentar. Hay servicio de alcantarillado y agua quince horas al día, pero la luz eléctrica ilumina a medias y más pronto llega un mensaje mediante correo público que vía internet. Muchas mujeres llevan su familia a cuestas, mientras los maridos más voluntariosos simplemente se van o alguien se los lleva: a las montañas de Antioquia a cultivar coca o a ejercer de cobradiarios en Cartagena o Barranquilla. Excepciones las hay, pero son solo eso: no todos los cañaguates florecen en verano.

A esa misma Ranchería regresó, entre 1999 y 2000, María Carmenza Ruiz Belén, Carmenza, nacida un 14 de enero de 1985 en Sahagún, con sangre O positivo.

–Esa cédula se la tuvimos que mandar a hacer aquí –aclara Elida María Belén Ramos, la madre de Carmenza; una mujer de 52 años, rolliza y morena, que habla siempre despacio–, pero ella nació fue en Frasquillo, cerca de Tierralta. Allá la dejé con un hermano de ella, llamarse Vidal Ruiz. Con Pello, marido mío hace casi treinta años, tuve siete hijos, Carmenza no es de él. Un maleficio la puso así. Se lo echaron a la abuelita de ella en una comida, pero se la comió fue Carmenza.

Carmenza llegó al barrio callada, asustadiza, caderona y con senos firmes. Se asomaba a ver novelas en un televisorcito en casa de Luzmila Carrascal.

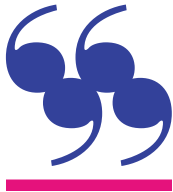
–Sabía leer los letreros de la pantalla –dice Luzmila, propietaria de una pequeña tienda de mecatos–. Ella lee sumando letras y sílabas.

Luzmila describe de una manera muy sugestiva la transformación que se operó en Carmenza:

–Era un árbol frondoso al que se le fueron secando las hojas.

Carmenza se veía bien, pero de repente le entraba un llanto, después un desespero. Se ponía a gritar: "Quítenme las hormigas, que me las quiten o los jodo". Se malograba con las uñas, dejó de bañarse, se arrancaba el pelo. Seguía gritando: "Crucito, Crucito, Crucito. En Crucito me andan buscando". Según Luzmila, un señor se enamoró de Carmenza en Crucito, cerca de Tierralta, y la esposa del tipo le echó brujería.

A los pocos meses de llegar a Sahagún, la encerraron en uno de los cuartos del rancho de Elida. La amarraron,



EL PINTA LLEVÓ LA MISMA ROPA DURANTE TRES SEMANAS. SOLÍA EVITAR LOS LUGARES CONCURRIDOS PARA REHUIR A LOS BURLONES. "SE FUE CON UN CAMIONERO", "LA VIMOS PREÑADA EN SALITRAL", "TE PUSO LOS CUERNOS CON UN PROFESOR AMIGO TUYO", LE DECÍAN

se soltó y demoró un mes extraviada. Pello, el padrastro, a quien le falta la pierna derecha, consultó a un brujo. El brujo dibujó un mapa en un cuaderno. "Esta cruz es Montería, esta Sahagún, esta Sincelejo…". Y le dijo a Pello que veía a Carmenza en Montería, pero que ponerla en su casa antes de 72 horas le costaría 200.000 pesos.

–¡Quería era tumbarme! –dice Pello con voz de cosaco.

Como Pello es vendedor de lotería, pidió ayuda a unos choferes, clientes suyos. Uno de ellos la vio por Las Llanadas y logró embarcarla para Ranchería. Pero se volvió a escapar. Llegó, nunca se ha sabido cómo, hasta Valencia, 160 kilómetros al suroeste de Sahagún. Allá la recogieron los familiares de Tierralta. Elida la fue a buscar. A partir de ese suceso no se volvió a extraviar por cuenta propia. Prefería, sí, deambular por los alrededores de Ranchería y llegar adonde su madre a comer.

Cierta vez le quebró con una piedra el parabrisas a un camión de carga y el chofer le propinó una limpia con un cinturón. "¡Jódela, jódela!", le gritaba la gente al chofer, "¡ella loca no está, se hace es la pendeja!". Para que la dejara quieta, alguien le dio 20.000 pesos por los daños. En otra ocasión el hijo de un vecino se asustó con ella. El vecino le pegó una limpia y la dejó amarrada en un poste.

–Antes de que empeorara –cuenta el Pipero, vendedor de verduras en el mercado público de Sahagún–, varios tipos pescaron en río revuelto. Uno oía murmullos o risitas en los callejones oscuros, o veía a Carmenza desnuda cerca de las represas o vistiéndose a toda prisa entre los matorrales.

Un rancheriano de origen caldense, don Carlos Elías Arredondo Grajales, recuerda a sus 95 años el desenlace del embarazo de Carmenza. Don Arturo Toro, gran amigo y vecino de don Carlos, había hospedado a Carmenza en una pieza suya.

–Una noche, podía ser la una de la madrugada, Arturo, que en paz descanse, vino corriendo a mi casa –dice don Carlos, como mirando a través de una humareda–. "Caminá, Carlos, caminá que ya va a parir Carmenza", me dijo.

Muy cerca ya de la casa, la vieron correr hacia la carretera. Arturo la agarró. La entró en la pieza y la acostó en la cama. Don Carlos le sobó la barriga. Carmenza se adormitó. Estaban a punto de tomarse un aguardiente, pero de pronto se vino la criatura.

–Eso fue en un santiamén –sigue contando don Carlos, empleando las manos para dibujar cada palabra–. ¡Se vino todo! La criatura, la placenta, todo es todo. Era un varón. "Cortale la tripa, Carlos, cortásela", decía Arturo, y se la corté. El ombligo se lo cautericé con una vela y se lo amarré con una penca de chopo. Cuando vino el médico, Arturo va y le dice que dizque yo había cortado el cordón con un hacha, pero no, fue con una navaja.

El recién nacido no se movía. Al palparlo, don Carlos sintió amasar una arcilla que iba perdiendo su tibieza. No respiraba. "Yo creo que va estar muerto", dijo Arturo. Pero don Carlos Arredondo, conocido en Ranchería y sus alrededores por resolver partos difíciles o curar el mal de amores, así como por su familiaridad con la muerte (es hábil para facilitar el tránsito de los moribundos pertinaces hacia el más allá), atinó a responder: "Necesita es respirar el aire de los vivos".

–Insistí en soplarlo con la boca –sigue narrando don Carlos–. Lo venteaba, y nada. "A ver carajito, levántese pues". Volvía a soplarlo. "Levántese pues… Levántese pues…". Hasta que pegó un chillido. ¿Qué quién preñó a esa muchacha? –se pregunta don Carlos con malicia–. Pues hay que buscar en el barrio Tulio Juvenal, aquí al lado de Ranchería, a un tipo con una tetica de carne en uno de los dedos de la mano. Esa misma tetica la tiene el muchachito.

Después del parto, la madre llevó a Carmenza al Hospital San Juan de Sahagún. Cuando recuperó su salud regresó unos meses a casa de su madre. Al bebé se lo entregaron a Elida y a Pello a los quince días de nacido. Ludys Vega, funcionaria del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar de Sahagún, les advirtió: "Si ustedes no están en condiciones de mantenerlo, mejor denlo en adopción. En ese caso, les sugiero que sea a la seño Irina". Se refería a Irina Sarmiento Romero.

–Hace 23 años manejo aquí en Ranchería un comedor escolar del Bienestar –dice la seño Irina, blanca, de cabello castaño claro y ojos pequeños–. Allá sabían que yo quería adoptar un varoncito –sonríe–. Ya había tenido tres hembras.

Varias semanas más tarde, Pello le preguntó si iba a querer al niño, o sea, si lo quería criar.

–Yo le dije que sí, aunque le pedí que me firmara un documento donde constara que después no me lo fueran a quitar. "No se preocupe seño", me respondió Pello, "nosotros la conocemos".

La seño Irina recibió al bebé sin papeles, pues aún no lo habían registrado. A los dos meses, el niño se enfermó

del estómago. Los médicos le recetaron Stamyl, y poco a poco se fue recuperando.

–En los exámenes con el neurólogo ha salido de primera –sostiene la seño Irina, con una traza de tranquilidad en el rostro–. Se puso agresivo un tiempo, pero eso les pasa a todos los niños. Carmenza ni siquiera lo reconoce. Cuando él tenía unos nueve años ella se sentaba en la terraza. Apenas lo veía, le decía: "Mira pelao, mira pelao, dame agua". Y él le daba. Le pusimos Iván, el nombre de mi esposo, pese a que en el Bienestar le habían puesto Juan David.

Iván nació el 7 de marzo de 2003. Es un chico delgado, de pelo lacio y voz gangosa. Tiene gestos tranquilos y actitud amable. Sus ojos y labios son idénticos a los de Carmenza.

–Yo sé quién es Carmenza –dice él–. Pero mi mamá se llama Irina y mi papá Iván. Ellos son los que ven por mí, y mis hermanas también. Me siento mal con ellos porque perdí el sexto grado.

Reconoce su indisciplina y la inconveniencia de las malas compañías.

–A mí me gusta es jugar fútbol –dice con picardía–. Quería ser delantero, pero el profesor Gustavo Madera me dijo que para eso no servía, con mi estatura me iba a ir mejor en la defensa.

En algunos partidos de fútbol los contrarios le recuerdan su parentesco con Carmenza.

–Yo a eso no le paro bolas. Mi mamá me llevó con una psicóloga y ella me enseñó a responder. Con Elida y Pello, y con mis tíos, me la llevo bien. Con ella, con Carmenza, nunca he hablado. Yo cuando trabaje quisiera llevarla a un sitio donde la atiendan –se queda pensativo, mira hacia la calle–. Algunas cosas uno no las sabe explicar.

UN TIPO SIN NADA QUE HACER

Una madrugada de abril de 2016, una de las hermanas despertó a Carmenza con el cuento de llevarla a dar un paseo. Recelosa como suele ser, sin embargo se dejó bañar en el patio de Elida. Luego le cortaron el cabello, la vistieron con ropa limpia y la embarcaron en un carro expreso. Muy pocos sabían cuál era su rumbo. Antes de las seis de la mañana el Pinta llegó a buscarla, pero a esa hora ya Carmenza estaba a unos 20 kilómetros de distancia.

A Juan, un profesor que prefirió no revelar su verdadero nombre, y a su esposa los conmovía la situación de Carmenza.

–Yo trabajé un tiempo con reclusos –dice Juan, grueso, de baja estatura y cabello cenizo– y conocí a muchos que tenían trastornos mentales. Así que averigüé dónde la podían recibir. Apenas me dieron las coordenadas del sitio hablé con los familiares de ella y estuvieron de acuerdo.

Al enterarse el Pinta, ignorante aún del rol del profesor Juan en la iniciativa, se dirigió al comando central de policía de Sahagún para denunciar la desaparición de Carmenza. Pero al comprender cómo los sucesivos requisitos que le exigían servían únicamente para el regocijo de los gendarmes, se presentó ante Elida y le pidió una autorización firmada para ir por Carmenza, no a un lugar específico, sino a cuantos dictaminara su desespero.

–Eso a mí me pareció una barbaridad –recuerda Elida–. Porque, ¿cómo le iba yo a firmar ese papel? Si yo no sé firmar.

El Pinta llevó la misma ropa durante tres semanas. Una camisa manga corta, de rayas rojizas y grises, sudadera con los mismos colores, un sombrero aguadeño roto y sucio, y chancletas. Solía evitar los lugares concurridos para rehuir a los burlones. "Se fue con un camionero", "la vimos preñada en Salitral", "te puso los cuernos con un profesor amigo tuyo", le decían.

–Mi hermano dejó de comer, dejó de hablar –dice Socorro, hermana del Pinta–. "Báñate", le decía uno, pero no se bañaba en una semana. "Come", y le tiraba el arroz a los puercos. "No te vayas pal monte, cuidao una culebra…" y ¡malayasea!, ¡lo picó una!

A la casa de Socorro llegó el Pinta bañado en sangre, los ojos colorados e inflamada la lengua. Entre Socorro y Tomás, hermano mayor del Pinta, lo llevaron al curandero. "Si se salva, está rezao", dijo el curandero. Y se salvó.

–Pero no por rezao –dice Socorro– sino porque nadie se muere dos veces, y él, por haberse ido Carmenza, ya estaba muerto en vida. ¡Pero no era asunto de enamoramiento, fue que de un momento a otro se quedó sin nada que hacer! Si ella no existiera, ¿a qué se dedicaba ese hermano mío? A él ya son muy pocas las cosas que le quedan. Hasta el nombre perdió. Las gentes que no respetan lo llaman Pinta, pero su nombre verdadero es Pedro Chimá Montalvo.

Cierta tarde de agosto de 2016 el profesor Juan visitaba a su suegra en Ranchería. Él se mecía en una mecedora de tablas, en una terraza amplia, sombreada y resguardada por una malla metálica. De uno de los callejones del barrio surgió el Pinta, con los pasos puestos hacia él. Tal vez por fijarse demasiado en el semblante furioso del Pinta, o por conocer su buen temperamento, Juan tardó en notar que traía un machete al cinto. Cuando lo notó, Juan se quedó en su sitio, agarrando con su mano el brazo de la mecedora para no ceder al impulso de cerrar la puerta de la reja, mandar al Pinta al carajo y entrar a la casa.

–Profesor –le dijo el Pinta con los ojos desorbitados, sudoroso–, tú dices que eres mi amigo. Tú dices que me conoces, ¿verdad? Pero te llevaste a Carmenza para allá lejos. Uno todas las tardes viene a preguntar por Carmenza: "¿Cuándo viene?", y me dicen que ella está bien. Al día



Entrada del cementerio de Ranchería

siguiente vuelvo: "¿Cuándo viene?", y tú no me ayudas a traerla. Me dijiste que está en Cartagena. Uno no tiene plata para ir a Cartagena.

De repente dejó de hablar y retiró el machete del cinto. Juan se levantó de la mecedora. El Pinta se alejó unos pasos y trazó con el machete un círculo sobre la arena.

–Este es Sahagún –dijo. Dio cinco pasos, trazó un círculo más y tornó a señalar– Este es Cartagena.

Acto seguido nombró cada uno de los pueblos entre los dos círculos, Chinú el primero de ellos y Turbaco el último, en tanto marcaba sendos huequillos con la punta del machete. Precisó además que podría recorrer los 200 kilómetros entre uno y otro círculo en cinco jornadas, siempre que caminara ocho horas diarias y la lluvia o la mala hora no se interpusieran.

–Lo único que uno necesita es saber en qué casa la tienen –dijo.

Años atrás, el Pinta recorrió a pie los 45 kilómetros entre Sahagún y Sincelejo porque una maestra de Ranchería le informó haber visto a Carmenza en esta ciudad, tras casi quince días sin noticias suyas. Un camionero de malas pulgas la embarcó en la jaula de su tractomula, con el cometido de abandonarla en otro pueblo, cerca de un sitio donde ella pudiera conseguir comida (la iniciativa al parecer provino de algunos vecinos de Ranchería). Tras la noticia de la maestra, el Pinta se enrumbó por la carretera Troncal de Occidente hasta dejar atrás los puteaderos y moteles de Sahagún; rezó cuanto avemaría y padrenuestro pudo mientras caminaba por las curvas plagadas de cenotafios del caserío de Carranzó; se enzarzó de palabra con un par de vagabundos envidiosos al recorrer los 500 metros de zapaterías de Chinú; salió invicto del ataque de una jauría de perros en una de las tiendas de artesanías de Sampués; y evitó almorzar al entrar en Sincelejo, ya con el sol de la dos de la tarde a sus espaldas, ansioso de hallar a Carmenza antes del anochecer. Con la plata del almuerzo pagó el mototaxi en el que fue a buscarla a la plaza Majagual y a un parquecito del barrio El Zumbao. Y habría ido a comprobar una pista en el balneario de Tolú, 40 kilómetros distante, si no lo hubiera apremiado una vendedora compasiva a ir de inmediato a Los Recuerdos de Ella, uno de los bares cercanos al mercado público de Sincelejo. La encontró jugueteando con una botella vacía de Coca-Cola, pálida y muy obesa, pero dócil como una perla y tan desenvuelta como un viajero frecuente.

Las cuentas del Pinta conmovieron de tal forma al profesor Juan, que este decidió confesarle el paradero cierto de Carmenza para disuadirlo de una empresa menos desmedida que inútil. Porque lo cierto era que la mujer no estaba en Cartagena sino en el municipio de Corozal, a quince kilómetros de Sincelejo, recluida en la Fundación Madre Bernarda. Allí cumplió un primer ciclo del tratamiento, de abril hasta julio de 2016; del ciclo siguiente solo cumplió poco menos de un mes. Fue por gracia de la ineficiencia del sistema de salud en Colombia que Carmenza reapareció en la vida del Pinta: al no contar con un carné de salud inscrito en el departamento de Sucre (está registrada en Córdoba), los directivos de la fundación se vieron obligados a cancelar el tratamiento.

Daniel, hermano de Carmenza, la regresó a Sahagún. Trajo el cabello cortado y lustroso, un vestido largo lleno de flores minúsculas y unas sandalias de cordobán. Lucía muy delgada, un poco más consciente de las cosas a su alrededor, pero en un estado rayano en el sonambulismo. "¡Hasta blanca se veía!", afirman los exagerados. El Pinta se enteró y fue a buscarla al parque de Ranchería, al rancho de Elida, al vivero...

–Era un sábado –recuerda él–. Los sábados a ella le gusta comerse un helado.

Después de ganar unos pesos cortando maleza, en la tardecita el Pinta la encontró en el andén de una casa frente al billar de Julio Vergara. Solo entonces, acaso al entender conjurada la ausencia, volvió a pronunciar aquella palabra que seguía en vilo desde la mañana en que partió Carmenza: "Vamos", le dijo. Y eso fue suficiente. ⊙

JULIO CÉSAR PÉREZ MÉNDEZ (SAHAGÚN, CÓRDOBA, 1975). Docente de literatura. En 2008 ganó el I Concurso Internacional de Microficción Garzón Céspedes y fue finalista del I Concurso Regional de Minicuentos Antonio Mora Vélez. Es autor de la novela *Cenotafios* (Lugar Común, 2015).